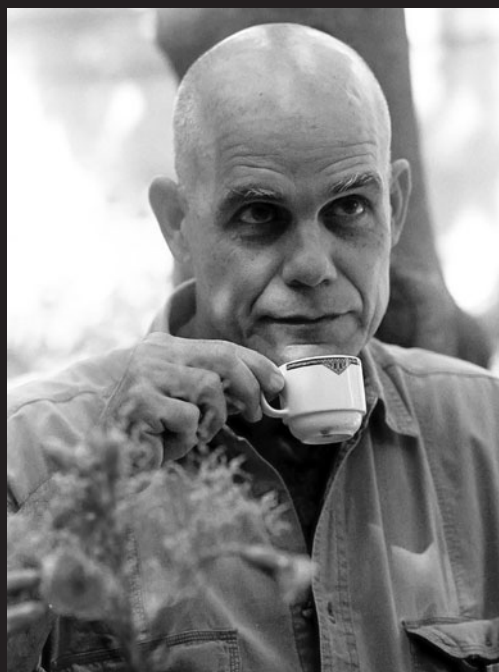


Textos y pretextos. Un curioso *Reconocimiento y elogio del orinal* firmado por Saturnino Alonso

Entrevista a Leticia Sánchez sobre la novela, premiada con el Ateneo de Sevilla, *El Gran Juego*

Autores leoneses. Sergio Fernández, J. M. García, I. Álvarez Sacristán. Poesía e historia



Pedro Juan Gutiérrez. Sus textos sobre La Habana nunca dejan indiferente a nadie. JULIÁN MARTÍN/ALFONSO GARCÍA/M. CUENYA

«Tan real como la vida misma»

Lo que cuenta el escritor cubano Pedro Juan Gutiérrez en *Trilogía sucia de La Habana* «es tan real como la vida misma», afirma Manuel Cuenya en el acercamiento literario a la capital cubana que se publica hoy en las páginas centrales. Y añade: «Creo que no exagera ni un pelo. Tiene este escritor una voz inconfundible, que es lo que mejor se puede tener, y su forma de contar resulta amena, a la vez que engancha al lector y lectora. A Pedro Juan Gutiérrez lo han comparado, por su estilo realista, con el Henry Miller del Trópico y aun con Bukowski, pero él es único, porque ha vivido y sigue viviendo unas circunstancias especiales, como son las cubanas». Además de la visión de la ya mítica ciudad, la propuesta tiene otro sentido, y no es otro que la recomendación de la lectura de ciertas obras del escritor cubano a aquellos que piensen viajar a esta capital del Caribe. A todos, por supuesto.



La Habana al anochecer. El escritor «nos adentra en los subterráneos de una ciudad que ni los turistas ni los yumas, ni siquiera los viajeros despistados podrían imaginarse». ALFONSO GARCÍA

Descubrí a Pedro Juan Gutiérrez y su literatura hace ya varios años, quizá fuera en un programa de libros de la 2 de Televisión. No sabría precisar. A veces la memoria no es todo lo buena que uno quisiera, y la tele tonta no sólo procura colesterol mental sino alimentos saludables. La memoria, ay, esa caja de resonancia.

Pedro Juan Gutiérrez, el Miller cubano

MANUEL CUENYA

Lo cierto es que, cuando oí su nombre, me quedé con la coplica y me embarqué en la lectura de sus libros. Comencé con *Trilogía sucia de La Habana*, que me dejó flipado, como para aventurarse, a ritmo de mambo y mojito, en los bajos fondos habaneros.

Lo que cuenta *Pedrojuán* en este libro de relatos, orquestado como novela, me impresionó sobremanera, y sentí sobre todo escalofríos al pensar en el autor viviendo en Cuba, bajo un sistema, digamos castrador, perdón castrista, aunque ahora sea Raúl el que lleva la batuta.

Cómo un tipo llamado Pedro Juan Gutiérrez se atreve a escribir como escribe, y encima puede vivir en La Habana, se pregunta uno. No obstante, hay que decir que sus novelas, la mayoría, no se encuentran en su país, aunque uno tuviera la fortuna de dar con su libro de cuentos breves, *Melancolía para leones*, en la Plaza de Armas de La Habana Vieja, en aquel mi segundo viaje a la capital cubana. Conviene recordar,

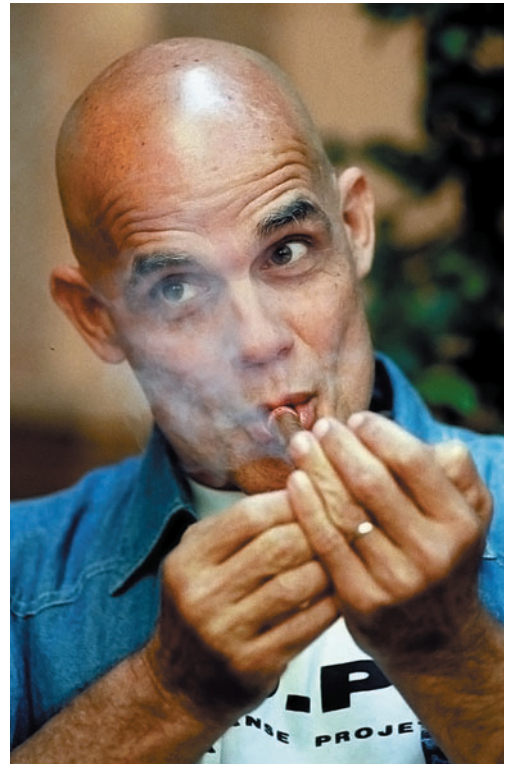
«La ética del pobre es amar a quien tiene dinero y ofrece alguna migaja... El pobre, o el esclavo, da igual, no puede complicar demasiado su moral, ni ser muy exigente con su dignidad, so pena de morir de hambre»

«¡Oh, el trópico! Qué lindo para venir de visita una semana y admirar el crepúsculo desde un lugar distante y silencioso, sin mezclarse demasiado!»
(Pedro Juan Gutiérrez, *Trilogía sucia de La Habana*)

no obstante, que *Melancolía para leones* fue recortado a su mínima expresión.

El sociólogo navarro Mario Gaviria, que vive durante gran parte del año en La Habana, me dijo que lo conocía, que había estado en su casa, en Centro Habana, municipio que se resquebraja por todos los poros de su alma arquitectónica, sombría tras sus portales y sus escaleras interiores destartadas. En este término se halla, por lo demás, el barrio chino. «En Centro Habana la gente vive del aire... ya se acostumbró a vivir con agua con azúcar, ron, tabaco, y mucho tambor», escribe Pedro Juan.

El señor Gaviria, al que recuerdo con cariño por su hospitalidad, no sólo me habló del autor de *Carne de perro* y *Apuntes de viaje por Cuba*, sino que me contó otras muchas historias sobre la «isla». Por su parte, mi sobrino Pablo –que es un devoto de



Pedro Juan Gutiérrez. «Cómo un tipo llamado Pedro Juan Gutiérrez se atreve a escribir como escribe, y encima puede vivir en La Habana, se pregunta uno». JUAN MARTÍN

Pedro Juan- contactó con él a través del correo electrónico, y sé que se han intercambiado algunos «mails», aunque el Internet en Cuba es una aventura digna de relatar. Pero ahora no es el momento.

Tan real como la vida misma Después de *Trilogía sucia de La Habana*, leí *Animal Tropical* y *Un rey en La Habana*. No obstante, me quedo con esa gran obra que es *Trilogía sucia de*

La Habana. Quien conozca algo de esta ciudad, que se viene abajo a son guarachero, se percatará enseguida de que lo que cuenta Pedro Juan es tan real como la vida misma. Creo que no exagera ni un pelo. Tiene este escritor una voz inconfundible, que es lo que mejor se puede tener, y su forma de contar resulta amena, a la vez que engancha al lector y lectora. A Pedro Juan Gutiérrez lo han comparado, por su estilo realista, con el



Henry Miller del Trópico y aun con Bukowski, pero él es único, porque ha vivido y sigue viviendo unas circunstancias especiales, como son las cubanas.

«Oye, acere, ¿qué volá?», es una típica expresión habanera utilizada por Pedro Juan en *Trilogía sucia de La Habana*. Con voz de ron, untada de sexo, este escritor polifacético en sus variopintas tareas, entre ellas la de intrépido periodista por el mundo «adelante», nos adentra en los subterráneos de una ciudad que ni los turistas ni los yumas, ni siquiera los viajeros despistados podrían imaginarse. «Cuando un turista incauto y melancólico aterriza en medio de esta fauna no agresiva, pero pícaro y convincente, generalmente cae fascinado en esa trampa», según nos relata en *El rey de La Habana*. Y es que Pedro Juan ironiza sobre sí mismo, porque en el fondo son muchos pedritos, como él mismo escribe en *Melancolía de los leones*, «Pedro el grande sigue procreando cada día más pedritos y los otros pedritos no se mueren... ¡Oh, Pedro Juan, quisiera ser el detonador de una bomba!».

Buenas raciones de sexo y algunas dosis de ron siempre ayudan a soportar la vida, a mantener a la población en un estado de entontecida esperanza. Mas su existencialismo está a prueba de bomba: «A los cuarenta todavía está uno a tiempo de abandonar la rutina, el agobio estéril y aburrido y comenzar a vivir de cualquier otro modo. Sólo que casi nadie se atreve... a la vez voy envejeciendo. Y descubro que pierdo capacidad de cinismo», sentencia en *Trilogía sucia de La Habana*.

La verdad es que es necesario tener alma de gaucho y corazón de nómada para vivir como a uno le da la gana, con la libertad puesta más allá del horizonte, sin rendir cuentas a los demás, ni siquiera a uno mismo, dispuesto a romperse y rehacerse una y mil veces, antes de que



los gusanos le entren a la carne, antes aun de que te dejen al margen del sistema grosero y acaparador, canibal, que se encarga, por otro lado y como bien sabemos, de *jamarnos* en crudo.

Pedro Juan nos invita a conocer de verdad La Habana, ese lugar deseado por tantos turistas en busca de sexo fácil y ron barato, esa ciudad poblada de chuloputas, mariguaneros, músicos callejeros –excelentes–, bici y coco-taxistas, vendedores de maní y de flores, jineteros con puros falsificados y cocaína, jineteras llegadas de provincias haciendo la corte en la Rampa de El Vedado y en el paseo del Malecón, todos ellos y todas ellas en busca de un cacho de pan o un *platico* de arroz con frijoles que llevarse a la boca, porque para vivir en un sitio así hay que armarse de valor, inventarse cada día, como me dijera Indira –que ahora vive en Hialeah, en el condado de Miami–, para conseguir algunos *fulas*, ahora pesos convertibles, que te ayuden a sobrevivir en

medio de una fauna a veces grotesca, entre la que se encuentran los chivatos, disfrazados de amigos, amantes y otros, que, llegado el caso, podrían dar con tus huesos en algún agujero, y ahí se acabaron tu libertad y todas tus ilusiones. Sólo a través de un sistema de chivatos bien entamado (el Gran Hermano que te vigila) puede mantenerse un gobierno como éste.

La Habana increíble

La Habana que nos enseña Pedro Juan resulta increíble por momentos, pura ficción, mas sentimos que es real, con sus olores y su decadencia, sus personajes en busca de destino y sentida, incluso de autor, en medio de un absurdo, dispuestos a hacer lo que sea con tal de sobrevivir, porque «la ética del pobre es amar a quien tiene dinero y ofrece alguna migaja... El pobre, o el esclavo, da igual, no puede complicar demasiado su moral, ni ser muy exigente con su dignidad, so pena de morir-se de hambre», escribe Pedro

«La Habana que nos enseña Pedro Juan resulta increíble por momentos, pura ficción, mas sentimos que es real». M. CUENYA

«...para conseguir algunos *fulas*, que te ayuden a sobrevivir en medio de una fauna a veces grotesca, entre la que se encuentran los chivatos, disfrazados de amigos, amantes y otros, que, llegado el caso, podrían dar con tus huesos en algún agujero, y ahí se acabaron tu libertad y todas tus ilusiones»

Juan con una lucidez extraordinaria.

Descreído, incluso nihilista, Gutiérrez nos cuenta que el amor es una mentira, que el dinero es un pájaro volando, que pudre cualquier significado –me atrevería a añadir–, y la salud se arruina en un minuto. No caben filosofías ni éticas, cuando de lo que se trata es de comer, al precio que sea, y todo tiene un precio, el que tienen que pagar los cubanos, la mayoría, por vivir en un país así.

Conviene reseñar que una minoría, digamos selecta, elegida a dedo por el régimen, vive de otro modo, como siempre. Y los artistas, por lo general, suelen ser unos afortunados porque ellos y ellas suelen gozar de privilegios que no les son permitidos al común de los mortales. Aún recuerdo a la actriz Mirta Ibarra, viuda del cineasta Gutiérrez Alea, alias Titón, viajando desde La Habana a Madrid.

Al parecer, si uno no atenta contra la revolución –¿qué cosa es eso, ay, de la revolución?–, no pasa nada, porque lo sagrado en Cuba son los principios revolucionarios, caducos desde tiempos ha. No obstante, el ateísmo revolucionario ha dado algunos frutos. ¿Pero cómo sería este país y sus paisanos si cambiara de régimen? Entonces Pedro Juan tendría que inventarse otra Habana. Y es que el hombre no está hecho para la derrota, según Hemingway, que encontró en Cuba un espacio idílico. «Un hombre puede ser destruido pero no derrotado». Por eso Pedrito nos dice que no se puede bajar la guardia. «Por eso me noquearon aquella vez –se despide el autor de *Trilogía sucia de La Habana*–. Por bajar la guardia». Si bajas la guardia, estás expuesto a que te las metan dobladas hasta en el corvejón del espíritu. Aquí y allá. Sin embargo, ni La Habana ni los textos de Pedro Juan te dejarán indiferente si te acercas a ellos por primera vez.